

ESTER MATTE ALESSANDRI

Siete escritoras de Chile

I. Gabriela Mistral.—II. Iris: Inés Echeverría.—III. Marta Brunet.—IV. Cecilia Pérez.—V. Adriana Dittborn.—VI. Teresa Hamel.—VII. Margarita Aguirre.

I.—GABRIELA MISTRAL

El martes 22 de marzo de 1960 pasó por las calles de Santiago el recuerdo de Gabriela Mistral. Sus restos se trasladaban del Cementerio General de la capital al cementerio de Montegrande, cumpliendo una última voluntad de nuestra insigne poetisa Premio Nobel de Literatura, maestra y mujer ejemplar. Una cureña trasladaba los restos que descansan en una severa urna de madera. Su paso fué escoltado por los niños de los Liceos de Santiago y una multitud que con respeto y emoción daba su postrer adiós a quien nos ha llevado tan lejos en el plano de la cultura universal con su creación poética. Pasó por las calles céntricas y luego por la Alameda Bernardo O'Higgins dando su último adiós a los próceres que desde sus estatuas contemplaban el paso de este cortejo, dándose la mano en un más allá de gloria. También dos maestras como ella, contemplaron en su silencio de piedra este mudo pasar: doña Antonia Tarragó y doña Isabel Lebrun de Pinochet, primeras educadoras chilenas. Ellas plantaron la semilla que fructificó más tarde en una humilde niña del valle de Elqui, que se consagró a los modestos hijos de este Chile que fué su patria y que muchas veces ignoró su devoción a la tierra, martirizándola con el olvido que más tarde se reparó. Ahora está en su modesta ciudad, rodeada de sus coros de niños cuyos destinos posteriores ignoraba, pero que llevó siempre en su alma. Nada de lo que la

tocaba se borraba. Todo quedaba impreso en letras de eternidad y sus poemas transcriben esas experiencias de su vida, tan hondas y tan humanas.

Un ser la marcó con el dolor de su muerte hasta la eternidad. Así fué por la vida mirando más allá de todo lo que tocaba, sintiendo la vida en calvario, dignificando el amor a través de su poesía, evocando a su patria en sus tristes nostalgias. Fué una peregrina del mundo que cruzó la vida con el corazón abierto a todo lo grande y hermoso.

Cuando la urna fué cambiada de la cureña a un furgón para trasladarla al aeropuerto que la despediría hacia su ciudad, la bandera nacional cubría el ataúd. Era el homenaje de un país a uno de sus más insignes valores espirituales.

La historia se daba la mano con las letras y la emoción de los asistentes era el agradecimiento de sus hermanos de Chile, por todo lo grande y hermoso que a cada instante pone en nuestras almas con su recuerdo.

Su secretaria Doris Dana, con un ramo de copihues acompañaba muy cerca esos restos que le fueron tan respetables y con quien colaboró en fraternal amistad varios años de la vida. Miraba hacia el cielo de este Chile, que desde lejos le era familiar y que ahora guardaba bajo sus nubes los despojos de Gabriela Mistral. Ella quedaba en la eternidad.

Yo no tuve oportunidad de conocerla personalmente. Llegué a ella a través de su obra y del recuerdo permanente de comunes amigos.

En cierta oportunidad le escribí a Nápoles donde ella residía cumpliendo una misión diplomática. Me respondió en su estilo recio y directo una carta, en la que entre otros temas habla de Chile con afecto y con nostalgia.

“Yo soy una chilena vieja, escribe, que se siente siempre obligada no sólo con su gobierno sino con toda buena alma que nació allí y que mira nuestra cordillera y nuestro mar. Hay una leyenda mía fabricada en Santiago, que me da por descastada. Todo eso lo inventan los desocupados que además son imaginativos. Seré muy feliz, mi señora, de recibir sus noticias y lo sería mucho más si la viese llegar un día por ésta su casa. Digo siempre que me da pena andar por el mundo con muchos nombres sin rostro y creo que el único conocimiento lo dan el rostro y la voz pero no la escritura”.

“Me da pena no saber hace tiempo de Gonzalo Rojas del cual sólo conozco unos poemas muy admirables. Favor de decirle que me apena su silencio. Ud. puede tonificar su espíritu: parece que él no se da cuenta de lo mucho que vale y el desaliento es muy dañino para un escritor. Estoy feliz de que mi nuevo jefe sea Díaz Casanueva, hombre de talento y además muy hidalgo. Me da gran alegría leer su elogio de Neruda, el cual voy a transmitirle a la isla de Capri donde él está.

Yo espero que el mes de septiembre sea el principio de su tranquilidad porque es un gran leal y le duele vivir lejos de la patria”.

Ahora reposa en el más allá. La muerte no hieló el vigor de espíritus tan poderosos como el de Gabriela Mistral, que permanecerá rodeándonos con su eco de amor y ternura.

II.—IRIS EN “UMBRALES DEL FUTURO”

Este es el título del II tomo de la serie “Cuando mi tierra fué moza” de que es autora Inés Echeverría de Larraín, que figuró en las letras bajo el pseudónimo de Inés Bello primero y luego Iris, siendo éste el que la ha inmortalizado.

En esta obra la autora con agudo ingenio

retrata el ambiente que vivió y sintió, ambiente de profundas convulsiones sociales en que se pierde la individualidad de los personajes. Es una psicóloga del conjunto y una imaginativa escritora de su época.

El año 1920 y su remezón en la colonial vida santiaguina, está bien tratado, en un tono fino y emotivo.

La campaña presidencial y su eco de pánico en los anquilosados cerebros de los salones santiaguinos, que hasta entonces eran el eje de la vida política, la turbulenta juventud universitaria, algo demagógica, formada por muchachos revoltosos, idealistas, revolucionarios de sentimiento más que de doctrina, el pueblo que siente su despertar, los obreros que palpan su miseria de años y quieren la revolución, la mujer que descrita con fina percepción, siente el instinto sobre la razón y frente al caudillo de actitudes varoniles es atraída por él, ya sea en la modesta pieza del barrio obrero como en el salón aristocrático, forman en conjunto el ambiente en el que se desarrollaron los hechos y se movieron los hombres y sus ideales.

Iris con su espíritu siempre nuevo y fresco hace una reflexión de contenido social: “ahora por la rebelión de las masas caemos los burgueses y gobernará el pueblo. Los más sobre los menos. Ciérrase el ciclo aproximándose un nuevo reino universal de justicia entre los hombres. Prevalecerá el valor personal sobre los privilegios y el merecimiento individual sobre el dinero”. Ella se sitúa entre los burgueses, pero no le asusta el avance de la justicia.

Su alma de rebelde que reacciona en contra de los prejuicios y convenciones, se manifiesta con la fuerza de su personalidad frente al criterio estrecho y pequeño y que desgraciadamente aún suele existir para juzgar el arte y sus manifestaciones. Frente a un espectáculo de teatro, uno de los personajes opone al valor artístico el eterno y vulgar argumento de la moralidad y la decencia.

Romántica y sensitiva no escapa a la ley de estas almas que sienten el amor como

fuerza que está por sobre toda convención, como la única atadura de las almas y la ley de la vida.

Tampoco escapaba a su visión aguda el inconsciente y su enorme poder. El doble yo secreto que guarda cada alma y que hoy avanza por el camino de la ciencia y del arte, descubriendo senderos desconocidos y haciendo respirar los corazones atormentados.

La trama sentimental de ingenuo lirismo se desvanece y pierde carácter frente a la personalidad de la escritora, que se revela a través de las sagaces observaciones de los sucesos que la conmovieron.

Su mérito es la descripción, la soltura del relato y la ironía de ojos picarescos con que refiere los hechos.

Y en esa sucesión de acontecimientos llegamos a través de sus páginas al nacimiento de "La Nación". Su timón Dn. Eleodoro Yáñez y su primer equipo de colaboradores están retratados en forma sutil, amena y con cierta sentimentalidad agradable. Carlos Dávila, Fernando García Oldini, Federico Vergara, Ricardo Dávila, Vicente Huidobro, pasan al correr de su pluma, impregnándose con su imaginación. Sobresale Federico Vergara, que aparece como héroe de novela, en que se pierde el límite entre lo imaginado y lo vivido tanto en la escritora como en el personaje. Y en ese grupo Iris representó a la mujer que despertaba a la actividad y las páginas del nuevo diario recibieron su crónica ágil y fina que era un mensaje y una promesa de liberación para la mujer del futuro.

Para terminar tiene el libro como agregado, un párrafo en que hace un esbozo humanizado de Chile. Desde el punto de vista de la creación artística e imaginativa es lo más valioso de la obra. Y el lector deja la última página con una nostalgia suave, con un delicado romanticismo y una pequeña consideración. ¡Cuánto valen la femineidad y la inteligencia en un alma de mujer fina y sensitiva!

Con Iris tuve el privilegio de sentirme su

amiga. La conocí desde mi infancia en el hogar de mi abuelo Arturo Alessandri. Era menuda, nerviosa, con la nariz encorvada y un hablar delgado y fino. Al ponerse los anteojos que le colgaban de una cinta negra, clavaba su mirada penetrando hasta lo más hondo de su interlocutor. Sus réplicas eran rápidas, cargadas de ironía y malicia. Tenía una agilidad mental abismante. La atraían los más diversos temas. Lo religioso le provocaba profunda inquietud y angustia. Mística y atormentada, recuerdo que asistía a un Mes de María, en la iglesia de San Francisco, cerca de su departamento de la Alameda, donde vivió algunos años. Iba diariamente a las 6 de la madrugada. Allí confundía su alma con las ofrendas florales de los humildes creyentes, en medio de los cánticos y salmos del ritual.

Era una mujer superior. Descendiente directa de Dn. Andrés Bello, junto con sus primas Rebeca Matte Bello y Teresa Prats Bello, fueron estrellas que brillaron con luz propia en una época donde se recluía a la mujer al desván de las cosas inútiles. Ellas irradiaron inteligencia, belleza, imaginación y abrieron con su personalidad el sendero por donde podemos caminar las mujeres de hoy en nuestro país, sin tantos prejuicios y amarras absurdas.

Doña Inés me distinguió con su afecto. Su espíritu vibrante recogió las inquietudes de mi sensibilidad infantil. Me tomó de su mano con fe y gran cariño. Siendo yo muy niña me llevaba a su casa con escritores, políticos y artistas, o muchas veces solas las dos me confidenciaba sus afectos pasados pero jamás dormidos, sus luchas por imponerse en un ambiente familiar adverso a las inquietudes de espíritu y más aún a la libertad de la mujer.

Ella se impuso en su familia, en su ambiente, en su país y en el extranjero.

Nunca dudó que yo debía entregarme al arte. Ni siquiera me lo sugería como consejo de amiga experimentada. Lo establecía como un hecho y en nuestros diálogos siempre se refería a nosotras como seres de un

mundo de encantamiento. En mi interior me preguntaba por qué doña Inés me elevaba con tanta seguridad a su medio. Lo atribuía a su exceso de imaginación. Nuestras almas se entendían y muchas veces la encontré observándome con cierta tristeza. "Sé, me decía, que vas a sufrir mucho. Es el precio del arte, mi hijita". La quise mucho, con afecto, admiración y ternura. Ella era buena amiga de mi abuelo. No hubo amor, pero ambos se contaban sus inquietudes. Se comprendían y ella en un gesto conmovedor y propio de su carácter altivo y audaz, publicó un artículo en "La Nación" evocando los grandes días de triunfo de mi abuelo, en los momentos que caído abandonaba el suelo chileno. "Fué el Enviado. No lo Olvidemos" clamó con su voz de amiga, despidiendo al Presidente que los demás olvidaban. Mi abuelo nunca olvidó el gesto. Se refería a él siempre con emoción y gratitud. Eran amigos por encima de convenciones y prejuicios.

En sus últimos días estaba algo encorvada, el pelo blanco, peinado al estilo paje y siempre un cintillo sobre la cabeza. Eran leves sombreros que no pesaban, pero que interpretaban su estilo.

A pesar de su catolicismo, practicaba también el espiritismo. Más de una vez me avisó que suspendiéramos alguna reunión, pues ella tenía grupo 7. Allí invocaba el más allá con sus inseparables amigas Carmen y Ximena Morla, seres etéreos y grandiosos, con Rosalina Coello, la escritora brasileña, en los períodos en que ésta visitaba Chile y otros aficionados a conversar con los ausentes. Ella creía e invocaba el poder del más allá. Nunca asistí a estas reuniones suyas. Tal vez ella tenía temor de invitarme y yo de asistir. Hoy siento su presencia desde lo alto.

Inspiradora determinante de espíritus superiores contó entre uno de sus mejores amigos al escritor Fernando Santiván, quien ha reivindicado su nombre injustamente olvidado, en sus "Recuerdos". La evocación de la escritora y amiga crean algunas de las mejores páginas de esta obra de Santiván.

Iris pasó por la vida derrochando talento, imaginación y abriendo senderos intocados. Fué su misión de artista y espíritu superior. Su figura no puede pasar inadvertida para las generaciones venideras.

III.—MARTA BRUNET

Su personalidad no necesita presentación. Escritora por pertenecer al gremio de los elegidos con la chispa de la vocación artística, desde muy joven mostró su talento en las primeras obras literarias que publicó. Alone, el consagrado crítico de nuestros días, era entonces muy joven, pero percibió en ella el futuro grande y seguro que anunciaba con sus primeros escritos. Alentó a la aún niña a publicar sus creaciones y es así como los lectores podemos hasta hoy día disfrutar de "Montaña Adentro", una de las obras más recias y reales sobre nuestro campo chileno. El conflicto humano está percibido, comprendido y reflejado con naturalidad y desgarramiento. "María Rosa Flor del Quillén" es un relato que también nos entrega en páginas impresas, un trozo de esta tierra que es Chile en una de sus más auténticas expresiones: su campo, sus mujeres dolorosamente burladas, pero que mezclan en su temperamento la pureza del agua cristalina que corre por los ríos y la fuerza del roble que cobija bajo sus sombras los ensueños frustrados, y sus hombres: intrépidos, aventureros, con ansias de perderse en la cordillera o el mar, algo melancólicos, socarrones y con la malicia a flor de piel. Este escenario humano se da en la flora chilena, en nuestro paisaje, en nuestra tierra.

Marta Brunet, en algunos de sus libros, los más conocidos, tomó también una causa, la de la mujer burlada y postergada. No la defendió moralizando ni imprecando. Solamente la mostró en su dolor. Es su talento, su femineidad puesta al servicio de sus hermanas en conflicto.

Posteriormente, la carrera diplomática que desempeñó con eficiencia y brillo en el extranjero, nos la alejó de Chile.

Pero siguió escribiendo: "Humo hacia el Sur", que aparece en Buenos Aires en 1946. "La Mampara", novela corta, en Buenos Aires en 1946. "Raíz del Sueño", cuentos que publica en Santiago en 1949. Con anterioridad otras obras suyas son: "Don Florisondo", cuentos, en 1925. "Bestia Dañina", novela. "Bienvenido", 1929. "Reloj de Sol", cuentos, Santiago, 1930. "María Rosa Flor del Quillén", apareció en 1929. "Montaña Adentro", su gran obra, aparece en 1923, luego ediciones en 1933, y la tercera en Buenos Aires en 1953.

Su tono bondadoso acoje y envuelve en la suavidad que se desprende de su voz. Su palabra tiene por esto el don maravilloso de dominar multitudes. Cuando ella habla una gota de ternura y de amor se infiltra en cada corazón que la escucha y una sinfonía de paz se levanta en el ambiente.

IV.—CECILIA PÉREZ:

"LA CASA DONDE TERMINA EL MUNDO"

En Buenos Aires aparecen los cuentos de Cecilia Pérez. "La Casa donde termina el mundo" es el nombre de la obra de esta escritora colombiana, que vivió muchos años en Chile. El prólogo del libro es de Manuel Rojas. La obra es el fruto de un drama que conmovió a su autora, marcando su vida. El único hijo, nacido en Chile, de padre chileno, muere a los 20 años, trágicamente. La sensibilidad de madre y de artista evoca en sueños el hijo perdido. Estos alucinantes sueños son los que transcribe en esta obra poética, desolada, donde el subconsciente envuelve la realidad. El prólogo es un poético trozo de Manuel Rojas, que se denomina: "Palabras ante los sueños". "Aliméntate de sueños, alma solitaria, escribe. Come tu dulce y secreto pan, muchas veces mojado de lágrimas, y espera otro día u otra noche. ¿Volverán? Tal vez. Los tenemos adentro y es posible que vuelvan. ¿Cómo no han de volver, si los esperamos? Pero vuelven, oh, si no volvieran. ¿Qué haríamos, Cecilia, si no volvieran?" Y más adelante agrega: "Se en-

tra a este libro como se entra a un sueño. Todo es pasajero, fino, distante. Al salir no sabemos si hemos leído o si hemos soñado. Alguien ahora o después, soñará un día con nosotros y nos verá como ahora vemos a los que sólo podemos ver en sueños: transparentes, aéreos. Porque también llegaremos a ser figuras de sueño, símbolos, si no lo somos ya".

Cecilia Pérez se desprende de este mundo para penetrar al infinito del más allá, acercándose al recuerdo doloroso de su hijo. Pero hay una escala tensa, invisible, casi infranqueable que la separa irremediamente de sus visiones. La separa en un aspecto, pero en sus peregrinaciones por esos sueños está con él, lo palpa, lo siente, lo ve.

En la vida diaria hay algo que le parece inexplicable, absurdo, la escritora no la nombra, pero es la presencia de la muerte. En sueños comprende. Ella misma lo revela: "No hice nada para retenerlo. Con demasiada claridad me dí cuenta de que había perdido todo derecho y que mi única fuerza sería la de lograr lo que él me había pedido tan insistentemente: que comprendiera. En "Las Salitreras" insiste en: "Yo aún no estaba preparada. Se tarda en comprender". En "La Extranjera": "Desde el pergamino vino la respuesta: Renacerás de ti hasta lograr el conocimiento. Detrás de ti está todo". Hay una comprensión, un conocimiento al que alude continuamente Cecilia Pérez, que parece que le es revelado en sueños. Este poético libro revela un espíritu fino, delicado, de una sensibilidad exquisita, con un gran don de sueño, evocación y evasión. El dolor de la escritora se sublimiza. Ella vive junto a ese ser querido, cuya presencia está permanentemente abriéndole los ojos a otros mundos.

Con esta obra Cecilia Pérez se consagró como una buena escritora. Si bien no es chilena de nacimiento, gran parte de su vida y de su drama lo ha vivido en nuestro país. Su espíritu se ha fortalecido en este cielo y esta tierra que ha recogido sus lágrimas. El más allá le ha revelado profundos secretos,

que ella descubre a través de sus maravillosos sueños. Y Manuel Rojas, nuestro excelente escritor y uno de sus mejores amigos, ha captado el lenguaje misterioso de estos sueños de Cecilia Pérez. Por eso, tal vez, el prólogo de esta obra es uno de los más hermosos trozos del escritor chileno. El también conoce los sueños, los dulces y tristes sueños con seres idos, y a pesar de su tono realista para relatar sus propias experiencias en "Hijo de Ladrón", "Lanchas en la Bahía" o "Punta de Rieles", aquí hay una melancólica poesía, que envuelve los relatos que prologa.

V.—ADRIANA DITTBORN: "CASI EN VANO"

Esta es una novela de honda poesía donde el gran tema del amor está tratado con las nostalgias, angustias, frustraciones y dolores propios del clima en que se dan los sentimientos profundos. El tiempo se desliza imperceptiblemente, envolviendo con su aparente inmovilidad los recuerdos siempre vivos en el alma de ese ser sensitivo y soñador que es la protagonista. La muerte y la vida se dan en el cruce de las emociones y los recuerdos, con una realidad que sobrecoige. Hay un perfume de flores marchitas que preside el relato, suave, penetrante, angustioso y conmovedoramente real. Un campo como muchos de nuestro país y una familia compuesta por los padres, cinco hermanas y otros familiares, son el marco en que se desenvuelven la novela y la tragedia. Las dimensiones están dadas por el principal personaje, Alicia, a través de cuya melancólica visión se desenvuelve el hilo de los acontecimientos. Ella vive sumergida en el misterio de su destino adverso, interrogándose perpetuamente sobre el significado de su vida. ¡Qué sensatas eran sus hermanas! "¿Sensatas? ¿Era esa la palabra? Conocían la línea imperceptible que separa el bien del mal y, por sobre todo, conocieron su camino y lo emprendieron. Ella no supo encontrar la ruta. ¿Por qué fué diferente?"

Tiene una experiencia triste: "El amor no

crea derechos", reflexiona desencantadamente. Se ama en blanco, como a Dios, con fe sincera, por la gracia del sentimiento. Pero esta es una gracia que frecuentemente se transmuta en dolor. El amor fino y hondo, sublime hasta la entrega total, se da espontáneo y magnánimo, para recogerse adolorido cuando el objeto de él no abre su alma íntegramente para recibirlo". La niña pertenecía a esa clase de seres que no pueden hallar la dicha sino en la medida de su propia alma.

Y Eduardo Rosales tomó el amor de Alicia como un juego encantador, agradable, dulce y atrayente, pero fué débil para responder al intenso sentimiento que despertó en esa alma sensitiva y delicada, honda y profundamente tierna. Su exceso de amor la pierde frente a Mónica, jovencita frívola y trivial que asida a las grandes futilidades de la vida, se siente segura y actúa con más desplante para definir al galán y hacerlo objeto de sus materiales ansias. Alicia cada vez es más ajena a lo que sucede a su alrededor, en ese misterio en que se refugia tímidamente su indefensa personalidad. "Saboreando las experiencias que la vida enseña y tratando en vano de darse una respuesta, descubriría que hay tantas felicidades como clases de personas; cuando Mónica decía felicidad ya podía empezar a pensar en otras cosas: trajes lindos, ir a Europa, ser cortejada; ignoraba que el goce verdadero sólo se encontraba en la sencillez del corazón. Para ella la palabra encerraba un nombre. Era él. ¡Vivir para quererlo, ahí residía su dicha!"

Pero el amor de Alicia se trizó en su propia intensidad. Se plegó sobre sí misma dejando el paso a su rival. Ella lo tomó, lo usó y lo gastó. Lo que para Alicia era un fin en sí mismo mirarlo, contemplarlo, adorarlo, para Mónica era un medio eficaz de obtener seguridad en la vida material.

La sensibilidad tiene el vasto camino del sueño, pero ¿por qué la vida, o más bien la felicidad se prodiga en seres tan burdos y simples? Como dice Adriana Dittborn: "Aquella alma leal y honda pagaba su actitud ante la vida". "El triunfo, como la dicha

o el amor, llegan a los seres por razones ajenas a ellos mismos. Son regalos que la vida repartió al azar". Tal vez esa es la respuesta. Hay un azar que reparte la dicha y el dolor. Pero son los seres hondos los que registran su dolor con más persistencia. Ellos están en la senda de la lágrima ahogada, del sollozo permanente, del mirar en horizontes infinitos de tristeza con la conformidad que da el sufrir constante, perdiendo la esperanza de la dicha fácil, fija la vista en esa escala de Jacob, que el alma creyente sincera que hay en esta escritora nos da como única meta de alegría sana. "La felicidad no es una palabra, tiene que estar con el corazón, en el buen amor, en paz con Dios".

Cuando los hombres se encargan de aislar el corazón de un ser hondamente humano y generoso, ante el dolor y el desengaño responde siempre la bondad de Dios, que recibe los desvelos de esa alma víctima de su limpieza, torturada por sus propias vivencias.

Adriana Dittborn parece soñar y, sin embargo, su libro es profundamente real, dolorosamente vivido. Escrito con el desencanto en el alma y la poesía en los ojos, dando vida a una hermosa evocación poética. Es el mundo de la mujer dolorosamente definido por el amor.

VI.—TERESA HAMEL

Las mujeres chilenas han llamado la atención de los visitantes por su belleza, es lo que relatan las crónicas de viajes que se leen frecuentemente sobre nuestro país. Pero no sólo ese atractivo atributo es lo que distingue a nuestras mujeres. Hay una desenvoltura y una madurez en ellas que las lleva a actuar en la primera plana de las actividades nacionales con preparación, sentido de responsabilidad, esfuerzo e inteligencia. En literatura los nombres de Mercedes Marín, Mariana Cox, Inés Echeverría, María Monvel, Sara Hübner, Gabriela Mistral y, en nuestros días, Marta Brunet, María Flora Yáñez, Mila Oyarzún, y tantas otras que vi-

ven entregadas al arte con seriedad y sobre todo con sensibilidad, sin desmayar en la tarea de creación. Teresa Hamel es uno de estos casos. "Raquel Devastada" es su segundo libro. El primero, "El Contramaestre", la incorporó de plano entre los valores de la nueva generación de escritores chilenos. Sus cuentos hermosos, finos, sugerentes, son lijos de la inquietud de su autora, que con movilidad y agilidad mental capta los matices más finos del alma humana y todo aquello que siempre queda por decirse, por pensarse o por soñar. Hay algo tras cada situación emocional, incoherente, huidizo, que la escritora desea traslucir en sus cuentos. El estilo es conciso, breve y trabajado. Se conoce que la escritora es consciente de su oficio y en permanente estado de alerta es un juez severo de sus propias palabras, giros y construcciones. Teresa Hamel estudia, vaga, divaga, recuerda y sueña. Es una mujer vital, la vida no le asusta, pues ha recibido de ella sus más valiosas experiencias y con entereza y decisión la encara, la llora y la disfruta. Temperamento artístico natural, no sólo la literatura ha detenido su mirar, también la pintura, la cerámica, el cine y todo donde ella puede decorar el alma y la vida de los seres. Uno de sus cuentos, "La Higuera", traduce humanidad y ese vago ensueño que es el recuerdo de la niñez. Un árbol donde ella colocó en su infancia inquietudes, zozobras y algo muy suyo que sólo la higuera guardó, inspiró este trozo de belleza y emoción.

La edición también es delicada, con una hermosa portada de René Cocher.

"Gente Sencilla" es su tercer libro, aparecido al final de 1960. Dos relatos realistas. El primero que da el título del volumen y "Un Domingo en Cartagena", el segundo. Teresa Hamel incursiona en este libro por un nuevo sendero. Pasa de la literatura imaginista de sus primeras obras directamente al realismo. Conserva el fino sentido del humor de sus anteriores obras. "Un Domingo en Cartagena" revela un sentido de observación, un conocimiento del ambiente descrito, un humor y una gracia que dan un

carácter muy personal a la obra de Teresa Hamel. Puede considerársele entre las mejores de la nueva promoción de escritoras chilenas.

VII.—MARGARITA AGUIRRE

Margarita Aguirre vive actualmente en Buenos Aires y obtuvo el Premio Emecé, correspondiente a 1958, con su novela "El Huésped". Su autora nació en Santiago, en 1925. Estudió en diversos colegios de Chile y Argentina, pues su padre era diplomático chileno en ese país. Posteriormente estudió castellano en la Universidad de Chile. Escritora por vocación y temperamento, desde muy joven sus cuentos aparecen en antologías, pero en 1951 aparece su primer libro, "Cuadernos de una Muchacha Muda", en dos ediciones: una argentina, otra chilena. La sensibilidad de la escritora se revela en esa obra. Hay poesía, ternura, profundidad de sentimientos, delicadeza para presentar dramáticos aspectos de la vida humana, como son estas introspectivas observaciones de una joven privada de la palabra. Las dife-

rentes perspectivas sensoriales que se abren a los seres privados de una de las principales facultades, están bien concebidas, como si la autora penetrara el secreto de las miradas de esos seres.

En 1958 aparece "El Huésped". También este personaje es un ser aislado de la relación humana, solitario en un mundo que le duele profundamente. Es un eterno huésped de la vida y los seres. El ambiente en que crece el niño Guillermo es desolado. Cada ser vive su propia soledad. Una tía delira y su vida deslinda con lo irracional y lo poético a la vez. La relación con una hermana, Hortensia, vital y casquivana, se rompe bruscamente cuando el joven sorprende los devaneos de la hermana. Todos los personajes de esta obra de Margarita Aguirre son profundamente humanos y reales. Son caracteres contrapuestos que alternan en una dramática vida en común. Son lejanos y angustiados. El ambiente es sórdido y hay una vaga tristeza en cada página del libro. Margarita Aguirre se consagra en esta obra como una de las escritoras serias y de talento con que cuentan las jóvenes generaciones chilenas.